

sar 6,000 libertos en el ejército, hubo de establecerse una verdadera cadena de correos.

Las tropas itálicas que se encontraban delante de Acerre atacaron el campamento de Julio César, pero el cónsul Mutilo que las dirigía fué completamente derrotado, perdiendo 6,000 hombres en la lucha: entonces comenzaron á respirar los romanos de la capital, por mas que sus asuntos no fuesen tan prósperos en otros lugares. El cónsul Rutilio Lupo, con sus legados Perpenna y Mario, quiso ante todo apoderarse de la importante fortaleza de Alba; pero Perpenna sufrió una completa derrota, y el resto del cuerpo que mandaba quedó á las órdenes de Mario. El cónsul, á pesar de los consejos del prudente Mario, quiso arrojarle rápidamente contra el enemigo que, mandado por Vetio Scaton, le esperaba junto al río Toleno, que cortaba la vía Valeria y que en Rinti confluía con el Velino. Scaton supo engañar á Mario y en 11 de junio del año 90 derrotó, con sus fuerzas marsas, al ejército del cónsul, junto á las riberas del expresado río: 8,000 romanos perecieron en esta batalla, y el mismo cónsul fué mortalmente herido. Entonces Mario, que había llegado hasta el campamento de los marsos, tomó el mando supremo del ejército romano. Su marcha de avance y la victoria del legado Servio Sulpicio sobre los pelignos obligaron á los marsos á retroceder hácia el Este. En cambio el legado Q. Cepio se dejó atraer en una emboscada que le había preparado Pompeio Silon, pereciendo él y todo su ejército á manos de los marsos y vestinos. Mario supo, no obstante, derrotar en distintas ocasiones á su enemigo, penetrando poco á poco en la comarca de los marsos, y haciendo sufrir á sus adversarios dos grandes derrotas, en la primera de las cuales pereció Herio Asinio, pretor de los marrucinos; la segunda, que se debió á la cooperación del cuerpo de ejército que á las órdenes de Sila operaba en el Sur, costó á los itálicos 6,000 hombres. En el Piceno, por último, el legado Pompeyo Strabon, que compensaba su inmoralidad con excelentes condiciones militares, fué derrotado y acorralado hácia Firmum; pero al poco tiempo, acudió en su auxilio Servio Sulpicio, despues de haber conseguido su victoria sobre los pelignos, y unidos ambos aniquilaron al cuerpo de ejército itálico mandado por Tito Lafrenio que se encontraba delante de Firmum, y pusieron estrecho cerco á la ciudad de Asculum.

XII.—CONCESIONES HECHAS POR LOS ROMANOS Á LOS ITÁLICOS. DOMINACION DEL LEVANTAMIENTO ITÁLICO

Esto no obstante, la situación de los romanos distaba mucho de ser satisfactoria: no solo hubieron de rendirse á fines del año 90 las fortalezas de Grumentum y Esernia, sino que, al menguar la fortuna de los romanos, disminuía la confianza que en Etruria y Umbria inspiraba la fuerza de Roma. Gran número de umbríos y algunos etruscos se sublevaron, teniendo los romanos que enviar contra los primeros al legado Aulo Plotio y contra los segundos á Lucio Porcio Caton. Como las noticias de las Galias y de España denunciaban intranquilidad en estas provincias; como en las fronteras asiáticas orientales parecia prepararse tambien una espantosa tormenta; y como las fuerzas del pueblo romano, que no tenia ya la férrea resistencia de los tiempos de Anibal, se hallaban muy dispersas, el Senado decidió cambiar de política y salvar por inteligentes medios de conciliación el porvenir del Estado. Mientras al comenzar el año 89 y bajo la presión de la opinión pública, el nuevo tribuno Marco Plautio Silvano publicaba, para terminar los procesos entablados, una ley que ordenaba que los miembros de aquella funesta comision fuesen nombrados por eleccion de las tribus, en vez de componerse exclusivamente de caballeros, y que condenaba al destierro al infame Vario Hibrida, se aprovechó

el invierno del año 90 al 89 para promulgar, antes de que continuara la guerra, una serie de leyes que habian de traer consigo la disolucion de la liga itálica, por lo mismo que hacian á los itálicos grandes concesiones. El cónsul César, á fines del año 90 había publicado ya una rogacion en virtud de la cual se daba el derecho completo de ciudadanía romana á todas las municipalidades itálicas que no se habian sublevado contra Roma. Asimismo se concedia este derecho á todos los antiguos latinos del Lacio, á todas las ciudades que gozaban del derecho latino y que no habian abrazado la causa de los insurrectos, á las municipalidades no amotinadas de Etruria y Umbria, á las distintas villas, amigas de los aliados, del Norte de los Apeninos, como Rávena, ó al Sur, como Nuceria, y finalmente á todas las ciudades helénicas que habian permanecido fieles á los romanos. Solo algunas ciudades como Nápoles y Reggio y otras de origen griego conservaron, mediante ciertas negociaciones, su organizacion municipal y, como oficial, el idioma griego. Además, para dar á los sublevados, con los cuales no podia firmarse de cualquier manera la paz, facilidad para salir de su estado excepcional, ordenó la ley de los tribunos Marco Plautio Silvano y Cayo Papirio Carbon, publicada á principios del año 89, que cualquiera que hasta entonces hubiese pertenecido á una municipalidad de la liga itálica podria recibir el derecho de ciudadanía, con tal que dentro de sesenta dias diese aviso al pretor. Uno de los nuevos cónsules del año 89, Cneo Pompeyo Strabon, despues que los lugares que con derecho latino existian junto á las colonias establecidas entre el Po y los Apeninos y las municipalidades aliadas hubieron recibido el derecho de ciudadanía, consiguió que la comarca transpadana y los alrededores de la ciudad nuevamente organizados y comprendidos entre el Po y los Alpes, recibiesen el derecho latino. Sin embargo, la antigua tenacidad de los romanos empañó de un modo mezquino las grandes é importantes concesiones hechas á los nuevos ciudadanos. Atendida la insuficiencia de la constitucion de los comicios entonces existente, y su total incapacidad para crear un nuevo sistema que sustituyera al antiguo, pareció peligroso dejar que las masas de los nuevos ciudadanos entraran en las filas del pueblo soberano con la plenitud de fuerza de sus sufragios; y para evitar este peligro se buscó un expediente, demasiado propio para arrojar á aquellos en brazos de la demagogia de Roma, decretando que los nuevos ciudadanos solo pudiesen inscribirse en ocho tribus.

Con todo, las concesiones de los romanos produjeron su efecto; pues evitaron que se propagase el horroroso incendio é hicieron fácil á aquellos la direccion de la guerra durante el año 89, en que los nuevos cónsules Pompeyo y L. Porcio Caton debian operar en el Norte, mientras Sila se encargaba de la direccion de la guerra en el Sur. La rápida terminacion del movimiento etrusco-umbrío hizo que los romanos, conducidos por Pompeyo, pudiesen, durante el invierno del año 89, aniquilar un ejército de 15,000 hombres que los itálicos habian enviado á estos cantones del Norte de la península. Con la primavera, comenzaron Caton desde el lago de Celano, y Pompeyo desde el Piceno, el ataque contra las comarcas montañosas del centro de Italia, coronando el éxito sus esfuerzos. Muerto Caton, ocupó su lugar el legado Sulpicio y obligó á los marrucinos despues de derrotarlos en Teate (Chieti), á que se le sometieran. Poco á poco y en parte por medio de negociaciones, consiguió tambien en esta comarca que los audaces pueblos montañoses abandonasen la lucha. La batalla principal, sin embargo, la ganó Pompeyo: mientras algunos destacamentos recorrían los cantones hasta la línea en que operaba Sila, arrojóse con todas sus fuerzas sobre el Asculum picénico, una gran parte de cuyos

ciudadanos parecían dispuestos á poner fin á la guerra. El pretor itálico Judacilio acudió presuroso á salvar á su ciudad nativa. Trabóse entonces un encarnizado combate entre 60,000 itálicos y 75,000 romanos, y aun cuando el cónsul de estos consiguió salir vencedor, pudo Judacilio entrar en la ciudad con algunas de sus tropas. Cuando la resistencia de los desesperados habitantes de Asculum, que no podían esperar gracia alguna, se hubo debilitado, el cruel Judacilio mandó dar muerte al jefe de los adictos á Roma; luego se suicidó, y dejó que despues los romanos, al tomar nuevamente la ciudad, vengasen de un modo horroroso la sangre de Servilio: todos los oficiales itálicos y todos los ciudadanos notables que cayeron en sus manos, fueron asesinados, y el resto de los habitantes perdieron todos sus bienes, que fueron confiscados por el cónsul, y se vieron sumidos en la mas completa miseria.

Mientras de esta manera horrible se sometia el centro principal de la insurreccion, los romanos conseguían no menos importantes victorias en los demás puntos del teatro de la guerra. El pretor Cayo Cosconio derrotó al itálico Mario Egnatio en Aufido y conquistó toda la Apulia hasta los baluartes de Venusia: el legado Q. Metelo Pio, hijo del antiguo héroe que venció por vez primera á Yugurta, y Cayo Cinna obligaron á los marsos á firmar la paz: el mismo Pompeyo consiguió que á principios del año 88 se sometieran los pelignos y los vestinos. El Senado itálico había abandonado la ciudad de Corsinium y trasladádose á la samnita Bovianum.

Con no menos energia había dirigido Sila la guerra en los territorios meridionales, en donde, como hemos visto, los itálicos llevaron ventaja durante el primer año de la lucha. El primer ataque lo dirigió Sila contra la Campania, ayudándole en su empresa la escuadra, bien que los marinos, que como los soldados romanos de aquel y de posteriores tiempos, tenían funestas tendencias á la insubordinacion y á la indisciplina, asesinaron á su jefe A. Postumio Albino. Poco despues, Stabie fué conquistada y destruida (30 de abril del 89) y Herculano fué asaltada por T. Didio á quien ayudó una legion Hirpinia (11 de junio). El propio Sila derrotó á los samnitas, cuando estos, mandados por L. Cluentio, quisieron apoderarse de la ciudad de Pompeya. Aniquilado en Nola un segundo ejército que este formó con los mercenarios celtas, pudo penetrar Sila arrogante y victorioso en la comar-

ca de los samnitas, apoderándose y destruyendo en el canton de los hirpinos las ciudades que como la capital, Compsa, y Eclanum, no quisieron someterse. Una importante victoria conseguida contra los samnitas conducidos por Mutilo, que con escasas fuerzas hubo de huir á Esernia, permitió á Sila, á fines de aquel propio año, dirigirse contra Bovianum y obligar, despues de una nueva victoria, á esta capital del audaz pueblo á que se rindiera. Entre tanto, Cosconio veía en Apulia coronados sus esfuerzos por el mejor éxito. A pesar de todo, se mantuvieron firmes el Senado itálico, que se había refugiado en Esernia; el general marso Pompeio que se había dirigido al Samnio; y especialmente los tenaces samnitas, en los cuales se había despertado el espíritu antiromano que en antiguos tiempos les animara. En los territorios del Sur hacían todavía frente á los romanos 30,000 hombres, 1,000 jinetes y 20,000 libertos armados que estaban á las órdenes de Silon, Mutilo y otros tres generales.

Pocas esperanzas debían quedar á este resto de los sublevados: en la Italia Central, en el año 88 el procónsul Pompeyo pacificó poco á poco el canton insurrecto de los Abruzos; en la Apulia, el cónsul Metelo Pio recobró á Venusia; en el Samnio, en donde el audaz Silon había por un momento reconquistado á Bovianum, libróse una reñida batalla, en la cual el héroe marso fué derrotado por el legado Emilio Mamerco, pereciendo con 6,000 de los suyos en la lucha. Una tentativa del itálico Lamponio, que había vencido en Lucania al romano A. Gabinio, hecha para apoderarse de Reggio, fracasó gracias al auxilio que á esta ciudad llevó el pretor siciliano Cayo Norbano. Finalmente, Sila, cónsul en aquel año, sometió tan por completo la Campania que solo quedó por sojuzgar la ciudad de Nola. Así terminó esta guerra que había ensangrentado y cubierto de ruinas á la península itálica. Entonces, sin embargo, cebóse en el pueblo romano una nueva desgracia, estallando un nuevo é inusitado incendio que llevó la desolacion á la capital y á la península de los Apeninos, y renovó con creces todos los horrores de los últimos años. Un mar de sangre inundó los territorios orientales de la nacion y una nueva revolucion estalló en la misma Roma, naciendo de ella la primera de aquellas terribles guerras civiles que abrieron definitivamente en Italia las puertas al Cesarismo.

CAPÍTULO III

MITRÍDATES EL GRANDE.—SILA Y LA PRIMERA GUERRA CIVIL ROMANA

I. Mitridates el Grande de Ponto. Extension del gran reino pónico.—II. Capadocia y Armenia.—III. Guerra entre Roma y Mitridates el Grande. Mitridates conquista la Capadocia (88) y manda asesinar á los romanos.—IV. Grecia se separa de Mitridates.—V. Sulpicio Rufo. Revolucion de Sulpicio.—VI. Sila marcha contra Roma. Sila asalta á Roma y destierra á sus enemigos.—VII. Sila conquista Atenas (86).—VIII. Levantamiento del anciano Mario y de Cinna contra el Senado. Crueles hechos llevados á cabo por Mario en Roma.—IX. Batalla de Queronea.—X. Descontento en Asia contra Mitridates. Batalla de Oromene.—XI. Sila firma la paz con Mitridates. Sila restablece la soberania romana en Asia.—XII. Sila marcha contra los demócratas itálicos (83). Guerra itálica entre Sila y los demócratas.—XIII. Batalla de Roma. Victoria de Sila. Sumision general de la democracia romana.—XIV. Proscripciones de Sila. Obra de restauracion de Sila. Constitucion y legislacion de Sila.—XV. Estado de las relaciones internacionales. El Estado de Sila. Muerte de Sila.

I.—MITRÍDATES EL GRANDE DE PONTO. EXTENSION DEL GRAN REINO PÓNICO

El gobierno de los optimates en Roma, hasta fines del siglo segundo antes de Jesucristo, despues de la conquista del

Africa y de la entrega de esta provincia hecha á los caballeros por Cayo Graco, había prestado escasa atencion á las relaciones políticas del mundo heleno y de los Estados vecinos á éste; y lo que era peor aun, mientras el Asia, como ya sabemos, era explotada sin consideracion alguna por los publica-

nos y por los banqueros y usureros romanos é itálicos, y alimentaba por lo mismo un odio implacable contra la dominación de Roma, la débil oligarquía había destruido la fuerza de las escuadras y con ello había dejado tomar grandes proporciones á la piratería que los cretenses y los cilicios ejercían al Este del Mediterráneo, y contra la cual no podían ya los rodios ejercer la antigua policía marítima. El desorden era tal, que en el año 103 se decidió ponerle coto, y el pretor M. Antonio, investido de poderes proconsulares, marchó, al frente de una escuadra, hasta Cilicia. Antonio, despues de algunas victorias parciales conseguidas sobre los corsarios, se apoderó de una parte de la costa de la Cilicia occidental, mientras las llanuras de la parte oriental continuaban en poder de los sirios. La creación de esta nueva provincia contribuyó muy poco á la seguridad de los viajes marítimos; pero, en cambio, era el punto del cual partían las nuevas relaciones con las potencias del Asia Menor.

Junto á los todavía importantes soberanos de estos territorios, tales como el bitinio y el capadocio, aparecieron recientemente otros dos, á saber, los reyes del Ponto y de la Armenia, que á principios del siglo primero antes de Jesucristo alcanzaron una importancia que no esperaban los romanos.

El reino pónico, que tantas veces hemos mencionado, tomaba su origen de la época en que murió Antígono, el gran general de Alejandro. El joven Mitridates III, llamado en Ponto el primero ó clistes, hijo de un caudillo del mismo nombre de Arrhina y Chio en la Propóntide, había huido á Paflagonia, despues de la muerte de su padre (320), mandado asesinar por Antígono, y en los revueltos tiempos que siguieron á la batalla de Ipsos, se había conquistado, desde la montaña de Olgassys y en los territorios paflagonios y capadocios un territorio que poco á poco se fué extendiendo por el Este hasta el Termódonte y despues por el Oeste hácia la propia comarca denominada Ponto.

El rey pónico Mitridates V Evergetes, aliado de los romanos, fué asesinado poco despues de la derrota sufrida por Aristonico en Sinope (121 ó 120), dejando su reino á su mujer y á su hijo Mitridates VI Eupator, de menor edad, (en el año 132 ó 131), á quien la tradición suele designar con el nombre de Grande. Este príncipe, descendiente por su padre de los Aqueménidas y por su madre de los Seléucidas, tuvo una juventud borrascosa: su tutor y su propia madre trataron de asesinarle, lo cual hizo que en su alma naciera una invencible desconfianza contra todo el mundo. Adulto ya, huyó de los peligros de su propia corte y, recorriendo las montañas de su país como robusto cazador, se hizo hombre fuerte, de gran corpulencia, de fuerza hercúlea, infatigable corredor y jinete, rudo soldado, y se entregó por completo á la bebida y al amor. Dotado de una naturaleza sultánica, como otra igual no tuvo la dinastía de los Osmanes hasta Soliman II, debía ser aquel hombre colosal un peligroso enemigo para sus enemigos. En 115 ó 113 entró en posesión del reino, mandando encarcelar á su madre y haciendo desaparecer á un hermano de menor edad que él. El Ponto contaba entonces con un rey como no lo había tenido hasta entonces. Aun cuando prescindamos de las hazañas y exageraciones que á su nombre van unidas, siempre resulta que fué un rey capaz de entusiasmar á un pueblo del mismo Oriente, al cual imponía respeto toda manifestación de fuerza. Con su indomable carácter y con su ardiente temperamento que le solía llevar á un odio feroz, á una desconfianza, en cierto modo fundada, y á crueles violencias, puede decirse que constituye un ejemplo único en la historia de los soberanos de Oriente. No faltan tampoco en él los rasgos de una justicia rigurosa, que se notan asimismo en Cambises, ni la crueldad contra sus enemigos. Pero en cambio estaba por encima de los soberanos orientales

no griegos por su energía, por su tenaz perseverancia, por la magnitud de sus empresas, y por su infatigable actividad, á la que le había excitado su enemistad contra los romanos. No carecía tampoco del don de levantar el entusiasmo nacional de los pueblos asiáticos, pues conocía todos los idiomas de los distintos pueblos que constituían su heterogéneo reino: lo único que no tenía era el talento de organizar un imperio. Lo que le sirvió de mucho por largo espacio de tiempo fué que había recibido una educación griega y que sabía apreciar, aun cuando no lo profundizara, el valor del helenismo, hasta el punto de que la mayor parte de los que le servían eran miembros griegos ó helénicos de su reino.

Mucho tiempo trascurrió antes de que este hombre enérgico y ardiente entrara en lucha con los romanos. No contento con la posesión de su antiguo reino que, gobernado desde Sinope, se extendía por las costas meridionales del mar Negro, desde Tios al Oriente hasta las fronteras de la Cólquide, se había propuesto desde sus fronteras orientales, es decir, desde la comarca del Ponto propiamente dicho, someter por mar y por tierra los territorios de la costa oriental y septentrional del mar Negro. Una vez dueño de la pequeña Armenia, ó sea, de la orilla derecha del alto Eufrates, del valle de Lycos, y de una gran parte del país de los calibes y de los tibarenos, obligó á los caudillos de la Cólquide á que se sometieran á él con la comarca del Fasis, hoy Mingrelia é Imeritia, y con la ciudad comercial de Dioscura, tan famosa por sus grandes ferias. En estos territorios puso despues como gobernador suyo á Moafernes, tío segundo del famoso geógrafo Strabon, contemporáneo de los Césares. Mas importante aun fué la intervención del conquistador pónico en los territorios septentrionales del mar Negro, en donde se encontraban junto á los antiguos escitas ó scolotes, pertenecientes, al parecer, al grupo mogol, los pueblos nómadas de las estepas de origen sármata, y procedentes del Asia, y mas hácia el Oeste, junto á los getas tracios, que oriundos de la familia germánica se habían extendido hasta el Dnieper, los bastarnos y peucinos, que se habían establecido entre el Dnieper y el Danubio. Los helenos que desde antiguo habitaban en las costas septentrionales pónicas desde el Olbia hasta la Crimea y hasta la costa oriental del Bósforo cimerio (en Crimea se alzaba la ciudad libre de Quersoneso y al Oriente de esta se extendía el pequeño reino de los perisadas, y de los príncipes de Panticapeon (Kertsch), Theodosia y Fnagoria), se encontraban en una situación crítica, á consecuencia de los ataques de los pueblos bárbaros vecinos. Parece que el auxilio que pidieron los griegos de Crimea, amenazados por los vecinos taurenos, llevó á Mitridates á esta comarca. El éxito que obtuvo fué completo: sus generales Neoptolemo y Diofanto vencieron pronto á los rudos pueblos de la Crimea, tales como los roxolanos que habitaban entre el Don y el Dnieper. Los griegos del pequeño reino de Panticapeon y los del Quersoneso reconocieron la soberanía del rey que se hizo dueño del reino del Bósforo, es decir, de toda la Crimea y de las comarcas costaneras asiáticas: además los pueblos de las estepas, desde el Cáucaso hasta el Delta del Danubio, hicieron alianza con él y le proporcionaron gran número de mercenarios. Mitridates obtenía anualmente del reino del Bósforo 200 talentos y 180,000 medidas de trigo.

II.—CAPADOCIA Y ARMENIA

Viendo Mitridates que casi había doblado sus fuerzas, pensó en extenderse por el Asia Menor: los romanos, harto ocupados entonces con Yugurta y con los cimrios y teutones, no habían de ser gran obstáculo para ello. Así fué que en 106 pudo aliarse con Nicomedes II, que gobernaba la

Bitinia desde el año 147, para repartirse la Paflagonia, expulsar la dinastía en ella reinante, cuya línea directa se había extinguido, extender su soberanía sobre los caudillos gálatas, y dirigir luego sus intrigas contra la Capadocia. Allí se rompió la unión con Nicomedes que ya se había separado de él por cuestiones surgidas respecto de la Paflagonia. En Capadocia, cuya corte sobrepujó en crueldades de familia á las demás helénicas, Ariarates VI Epifanes, hijo de Ariarates V, muerto durante la última guerra pergameña, y cuñado del rey pónico, había sido asesinado en 105



Mitridates el Grande

por el caudillo capadocio Gordio á instancias de Mitridates. Entonces el rey bitinio aprovechó esta ocasión para casarse con la viuda Laodicea (103), y entronizarse en una comarca que tanto había codiciado: Mitridates, sin embargo, á pretexto de proteger á su sobrino menor de edad, intervino en el asunto, é invadiendo con grandes fuerzas el territorio, arrojó de él á Nicomedes (102 ó 101) y puso en el trono al joven Ariarates VII. Pronto, sin embargo, vino el rompimiento entre el tío y el sobrino, y en el año 100 el conquistador pónico asesinó con sus propias manos y delante de los dos ejércitos á su sobrino. Despues de esto puso nominalmente en el trono de Capadocia, con el nombre de Ariarates VIII, á su hijo, que apenas contaba ocho años, concediendo de hecho la dirección de los negocios al referido Gordio. Un hermano del malogrado Ariarates VII quiso hacer valer sus derechos á la herencia de éste, pero su tentativa fracasó y con su muerte quedó extinguida su dinastía. Habiéndose presentado luego Nicomedes de Bitinia como pretendiente, y habiendo sido solicitada, por las quejas que de todas partes, hasta de los pueblos bárbaros de Crimea, se elevaban contra los ataques del rey pónico, la intervención del Senado para que decidiera el asunto, resolvió la política de Roma que así la Paflagonia como la Capadocia debían ser arrebatadas á los gobernantes extranjeros, y que debía concederse á los magnates capadocios el derecho de elegir nuevamente rey. La aureola en que estaba envuelta Roma era bastante poderosa aun para que por el momento fuesen obedecidos sus mandatos.

Los capadocios eligieron por rey al caudillo Ariobarzanes I, y agitando Mitridates todavía en favor de Gordio y aconsejando á Tigranes II, rey de la Gran Armenia, que apoyase con su ejército al último, Ariobarzanes se dirigió á Roma en demanda de auxilio. El asunto era serio, pues parecía que contra los romanos quería alzarse una nueva potencia asiática rápidamente creada. Los partos, despues de haber vencido á Antíoco Sidetes, se encontraban en una situación crítica por la temible invasión de los pueblos turánicos de las estepas, acaecida en el año 128. La muerte del rey Fraates II, ocurrida entre los horrores de una espantosa derrota, y el hecho de penetrar el salvaje conquistador en el Sudeste de la Bactriana, en el interior del país iránico, que entonces tomó el nombre de Sacastene (Sedyestan), y en una parte del valle del Indo, obligó á su sobrino el noveno Arsácida Mitridates II (124 á 87) á sostener difíciles luchas, por medio de las cuales el poder de los partos sobre sus territorios orientales pudo ser eficazmente restablecido. Mas adelante consiguieron estos extender su soberanía por la Asiria y la Armenia, poniendo á esta última bajo su comple-

ta dominación. Pero en los últimos tiempos del reinado de Arsaces IX estallaron en su reino grandes disturbios, promovidos por los grandes del país y por el propio hermano de aquél, Orodes. Entonces el rey armenio, el Artaxiada Tigranes II que gobernaba desde el año 94 y que se había aliado con el rey pónico, casándose con su hija Cleopatra, pudo no solo separar de la soberanía de los Arsácidas su propio territorio, la comarca de los Artaxiadas que comprendía el Nordeste de la Armenia, Erzerum, Kars, Wan y Erivan, sino apoderarse además del Sudoeste de la Armenia, de Sofene, y del país de los Zariadridas, y comenzar una política ofensiva contra los partos y los Seléucidas. Pero cuando Tigranes penetró en la Capadocia para auxiliar á su suegro, ocurrió la fuerte invasión de los romanos.

Era entonces gobernador de la nueva provincia de Cilicia, el hábil y enérgico Sila, el cual en esta ocasión representó con prodigiosa energía y extraordinaria prudencia los intereses romanos. Por orden del Senado y apoyado por los aliados asiáticos, atravesó, con escasas fuerzas, el Tauro, y arrojó en el año 92 de la Capadocia á Gordio y á sus tropas auxiliares armenias. Cuando Sila llegó al Eufrates, celebró una conferencia con un emisario parto: el despojo que en el rey parto habían producido los últimos triunfos de los armenios y el poder del rey pónico, le indujo á entrar en relaciones amistosas con los romanos, lo cual no le impidió mandar decapitar á aquel embajador, porque en su entrevista con Sila se había dejado tomar el sitio de honor por el gran romano.

Desgraciadamente para los romanos, Sila solo se encontraba de paso en Oriente; así es que apenas abandonó la provincia que le había estado confiada, comenzaron de nuevo las intrigas de Mitridates, el cual intentaba vengarse, no solo del despojo de que había sido víctima durante su menor edad (pues el Senado le había arrebatado la Gran Frigia), sino también de la humillación recientemente sufrida. Los desórdenes que en la capital romana produjeron las enemistades de partido, excitadas por la lucha que á consecuencia de las rogaciones de Livio Druso se encendió, le ofrecieron una ocasión bajo todos conceptos favorable. Tigranes con sus tropas y con las milicias pónicas penetró en la Capadocia, destruyó á Ariobarzanes, y puso de nuevo en su lugar á Ariarates VIII. Además, cuando por entonces al rey bitinio Nicomedes II sucedió su hijo primogénito, nacido de un matrimonio desigual, Nicomedes III, á quien reconoció el Senado, el intrigante pónico indujo á un hermanastro del mismo, Sócrates Ehresto, que creía tener mas derechos al trono, á que se presentara como pretendiente, y con la secreta protección que le dispensó, hizo posible apoderarse de la soberanía.

Cuando los reyes destronados, Nicomedes III y Ariobarzanes, se presentaron en queja en Roma, el Senado, amenazado como se encontraba por los horrores de la guerra itálica, no pudo hacer mas que enviar como emisario al Asia Menor al enérgico y experto consular Manio Aquilio y confiarle el gobierno del Asia y los intereses de los aliados asiáticos. Poco despues, Mitridates comenzó la guerra contra Roma. Poseído, sin embargo, como estaba del antiguo terror que las legiones romanas inspiraban á los asiáticos, dejó de aprovechar la feliz coyuntura que la guerra itálica ofrecía á sus fines; y aun cuando no hizo caso alguno de los mandatos de los comisarios romanos, que le exigían que restableciera el anterior orden de cosas, toleró que Aquilio, con auxilio de las guarniciones romanas del Asia y de las milicias frigias y gálatas, pusiera de nuevo en sus respectivos tronos á los reyes Nicomedes y Ariobarzanes, y á pretexto de sus relaciones con el rey pónico, hiciera desaparecer á Sócrates. Pero